

3er COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO

Mesa 2. "Territorios del género" Lunes 10 de noviembre, 17:00 horas

Anadeli Bencomo
UNIVERSITY OF HOUSTON

LAS FORMAS DE LA CONJETURA NARRATIVA:
UNA APROXIMACIÓN AL GÉNERO DESDE *LA CASA QUE ARDE DE NOCHE*
DE RICARDO GARIBAY.

La casa que arde de noche (1971) de Ricardo Garibay es a mi juicio una de las novelas cortas más logradas en el siglo XX en México. Yo incluso aventuraría el juicio de que es un texto que complementa de manera única la empresa de Juan Rulfo en *Pedro Páramo*. Explico un poco mejor esta aseveración. Se ha estudiado de manera extensa cómo la búsqueda del padre en la novela de Rulfo alcanza una dimensión simbólica clave para definir cierta identidad mexicana postrevolucionaria, al tiempo que la novela explora los modos experimentales de la narración novelesca. En el caso de la novela de Garibay hablo de complemento por cuanto estamos aquí frente a una historia que nos presenta otro relato de la búsqueda arquetípica del origen, cifrado en *La casa que arde de noche* alrededor del retorno al vientre materno, a la comunión con esa fuente de vida y protección. Ahora bien, si el parentesco temático sirve como punto de partida para la comparación, igualmente evidente resulta cómo las novelas de Rulfo y Garibay son cada una muestras paradigmáticas de la maestría narrativa dentro del género de la novela. Sin embargo, no considero que a pesar de su relativa brevedad a la novela de Rulfo le cuadre del todo el modelo de la novela corta mientras que *La casa que arde de noche* logra precisamente presentarse gracias a su impecable factura narrativa y estructural como un ejemplo cabal de las particularidades de la novela corta, ésa que nos ocupa en este coloquio.

Como propongo en el título de esta ponencia me interesa aproximarme a la novela de Ricardo Garibay desde la perspectiva de la novela corta en cuanto una forma narrativa determinada por el principio de la conjetura. Partamos entonces de este punto para explicar de qué manera la novela corta responde a esta particularidad narrativa. La novela corta es tautológicamente hablando un texto breve, eso obviamente se da por sentado, pero entonces uno se pregunta de qué manera esta brevedad se asocia a unos modos narrativos particulares. En el pasado coloquio celebrado aquí en la UNAM decidí hacer un recorte del corpus de la novela corta en México para resaltar una cierta vertiente temática privilegiada dentro del género y me referí entonces a las narrativas antiépicas y a los protagonistas antiheroicos que encontramos de manera recurrente dentro de la novela corta.

Hoy, en cambio, me interesa abordar otra perspectiva de análisis de carácter más formal para tratar de exponer ciertos principios narrativos caracterizadores del discurso y de la estructura del género de la novela corta. Siguiendo la hipótesis de lectura que voy a desarrollar en los siguientes minutos diría que si tuviera que elegir una sola novela mexicana para ilustrar el funcionamiento del género, yo elegiría sin duda a *La casa que arde de noche* puesto que ella pone en juego de manera impecable los recursos narrativos que convierten a una novela corta en un texto memorable.

Para quienes no conozcan la novela de Ricardo Garibay o para aquellos que no la tengan fresca en la memoria, resumo las principales coordenadas de la historia contenida en las páginas de esta obra publicada originalmente en la “Serie del volador” de Joaquín Mortiz. La historia es simple: un hombre joven regresa a un burdel de la frontera norte del país luego de siete años de ausencia. Este burdel de nombre El Charco se levanta en medio de un terreno árido equidistante de la frontera con los Estados Unidos y con el poblado el Chapúl, donde Eleazar –ese hombre que ha retornado- creció como un niño huérfano con un singular poder de seducción gracias a su belleza exterior (sonrisa irresistible, mirada penetrante, cabellos rubios y revoltosos). Sus atractivos físicos le abrieron a Eleazar no sólo las puertas de los habitantes del pueblo y en particular de su amiga Sara, sino que lo convirtieron de manera inevitable en el rey indisputable del burdel, de sus mujeres

y sus negocios turbios. Eleazar representa en pocas palabras, el símbolo de la hombría irresistible, del corazón indomable, la ambición sin escrúpulos. El regreso de este hombre a El Charco es el motivo que abre las páginas de *La casa que arde de noche*. Casi inmediatamente, el relato introduce las zonas de incertidumbres o interrogantes que pondrán en marcha el dispositivo de la conjetura como clave narrativa de la novela. Por conjetura narrativa me refiero a la manera en que el relato busca responder a los resquicios de incertidumbre nucleares de la historia de Eleazar, del burdel y del poblado donde se crió el protagonista.

En los primeros tres apartados de *La casa que arde de noche* encontramos las tres interrogantes centrales alrededor de las cuales se trazan las conjeturas centrales de la novela.

Interrogante 1: ¿Qué busca Eleazar? Muy pronto se nos presenta la mirada del personaje como la herramienta puesta en juego para encontrar aquello que el mismo personaje no sabe que busca. Eleazar es un personaje que de un solo vistazo desnuda las verdades de la nueva regente del burdel a quien conoce con sólo mirarla: atisba su historia, sus vicios, su ambición. Paradójicamente, esta clarividencia no funciona para revelar al personaje aquello que él ha venido a buscar en este lugar perdido en este rincón perdido del norte. El narrador, posicionado en una zona liminal entre la perspectiva intra y extradiegética es el principal agente de la pesquisa narrativa que involucra al lector como otro agente activo en esta tarea de aproximarse a la resolución de esta pregunta. La respuesta, sin embargo, no se ofrece a modo de resolución contundente, sino que se presenta a manera de una conjetura narrativa,

Interrogante 2: ¿Qué le ha pasado a Eleazar durante sus siete años de ausencia? El espacio para esta otra conjetura se abre cuando la antigua amante del Eleazar al mirarlo le pregunta por una marca que ella percibe en un rostro que otros han afirmado que se mantiene intacto. Todos reconocen la misma apostura, la misma mirada desafiante, mientras Esperia la prostituta agonizante y examante del personaje cuestiona al verlo: ¿Qué te salió en la cara?

Interrogante 3: ¿A qué ha venido Eleazar? Se trata aquí de saber si el personaje ha regresado con una agenda reparadora de agravios cometidos por él o a hacer pagar

las cuentas de quienes se han metido con su antiguo reino, ese burdel laberíntico regentado ahora por La Alazana.

La conjetura narrativa, es decir, esos terrenos de la historia donde el narrador o el lector se aventuran sin mayores certezas constituyen un motivo propicio para esa narración sugerente que caracteriza al género de la novela breve. En palabras, por ejemplo, de Ricardo Piglia cuando iniciamos la lectura de una novela corta comprendemos que estamos ante una historia que ya ha acontecido y es precisamente la interrogante acerca de lo qué ha pasado lo que propulsa a la novela. Una incertidumbre que intenta abordarse con la vacilación de un narrador que conjetura en lugar de afirmar. Un narrador que no pone todas las cartas sobre la mesa, bien porque no posee los ases bajo la manga, bien porque desconoce las jugadas o las motivaciones de sus personajes. En el caso de *La casa que arde de noche* este narrador conjetural se figura como un mero testigo, alguien que ha presenciado ciertos pasajes de la vida de los personajes, pero que desconoce los resortes que motivan o anticipan las acciones de los actores de la historia. Esta condición conjetural de la historia se ve paradójicamente acompañada en esta novela de Garibay con otro principio narrativo clave dentro de las novelas cortas. Me refiero al recurso de la reexaminación como modo narrativo de la memoria y la identidad. Como sostiene Cecilia Eudave en su poética de la novela corta, este género se presta de manera idónea para el recuerdo, para esa búsqueda representada por el retorno de Eleazar a El Charco y al Chapúl. Y es precisamente en la combinación particular de estas dos estrategias narrativas: la de la conjetura y la de la reexaminación del pasado donde se trama magistralmente el relato de *La casa que arde de noche*.

Las conjeturas que señalamos al principio se van resolviendo para el lector a medida que avanzamos en la lectura de la novela. Lo que lleva Eleazar marcado en el rostro, por ejemplo, es un cansancio paquidérmico, es esa sensación de haberlo visto o haberlo probado todo, lo que lo lleva a entender la eternidad como la repetición

fatigosa de lo sabido.¹ Eleazar está ahído de sus aventuras y sin embargo, algo lo impulsa inconscientemente a seguir buscando para confirmar que la clave de lo perseguido no estaba en su futuro, sino en ese algo que ha dejado atrás al partir de Chapúl, aquello que aparentemente ha olvidado y que sólo conseguirá en la medida en que deje aflorar el recuerdo postergado. Y esa conjetura central en la novela se cumple cuando finalmente Eleazar se decide a prenderle fuego al burdel, a ese gran salón que es la entraña que lo ha expulsado al mundo en su condición de irremediable orfandad. Sólo al incendiar ese pasado, ese presente de sonámbulo en el que se ha visto condenado a vivir, podrá abrirle el espacio a la clausura del doble mecanismo de la conjetura y la reexaminación que justifican al relato en su codificación dentro del género de la novela corta. La reexaminación que se organiza a modo de estructura en espiral gira alrededor de las conjeturas, revisitándolas, aclarándolas paulatinamente. La combinación entre la inestabilidad de las conjeturas narrativas y el asedio de la reexaminación, opera en *La casa que arde de noche* como un mecanismo bien concertado que llega a su claudicación al cierre del relato. Dicho en otras palabras, a cada vuelta de tuerca de la reexaminación se adelgaza la espesura de la conjetura, soporte central del andamiaje de la novela corta que se sostiene bajo esa tensión que a diferencia del cuento no apunta a una sorpresa final o a una resolución de la incertidumbre. En la novela de Garibay, este mecanismo es central en otras de sus novelas cortas como en *Mazamitla*(1955) donde la conjetura juega un papel narrativo igualmente fundamental, pero en ese caso en particular el recurso de la conjetura no va aparejado con la espiral de la reexaminación, sino con la estructura fragmentaria a partir de la cual la historia de la muerte de Juan Paredes se va contando por episodios organizados aleatoriamente. Se nota en *La casa que arde de noche* un mayor dominio de la decantación de la historia a partir de estas insinuaciones o sugerencias presentadas como conjeturas por la falta de un narrador que posea la certeza o la clave de lo que cuenta. Esta incertidumbre imprime al relato un cierto sabor de cuento oral, de

¹ “Cuanto ella [La Alazana] pueda hacer u ofrecerle, Eleazar lo ha tenido varias veces desde hace mucho tiempo. Ningún espectáculo, ningún olor, ninguna violencia, ningún goce, nada del mundo oscuro puede sorprenderlo ni conmoverlo ni despertarle apetito.” (29)

leyenda que se encuentra reforzado en el caso de Garibay con esa prosa oral inimitable que reitera la impresión de encontrarnos ante una suerte de relato de la chismografía de una comunidad y, en este sentido, la voz narrativa modelada por Garibay para estas novelas cortas se aproxima a esos chismorreos de esquina que su lenguaje capta elocuentemente. De esta manera a la sonoridad característica de su prosa se suma el modo discursivo de la conjetura, de lo que se intuye detrás del escándalo o la curiosidad colectiva.